

Miguel de Cervantes

La gitanilla
Las dos doncellas

Novelas ejemplares

Edición, introducción y notas de
Rosa Navarro Durán



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2005
Segunda edición: 2015
Segunda reimpresión, revisada y corregida: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Juan Manuel Sanz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción y notas: Rosa Navarro Durán, 2005
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2005, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-9725-3
Depósito legal: M. 205-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, por Rosa Navarro Durán
- 29 Criterio de la presente edición

- 30 La gitanilla
- 131 Las dos doncellas

- 187 Apéndice
- 189 Prólogo al lector, de Miguel de Cervantes

Introducción

Una hermosa gitanilla, Preciosa, con duende y con salero, se apodera enseguida del espacio del primer relato de las *Novelas ejemplares* y seduce a todo el mundo gracias a sus ojos verdes y rubios cabellos, a su canto y a su baile. Con su historia –que esconde un misterio– empieza este pequeño volumen y así se invita al lector a enterarse del discurso de su vida. Verá cómo un joven noble adopta el nombre de Andrés Caballero y demostrará, con su generosidad, apostura y arte, que es el compañero adecuado a tan bella muchacha. Pero un amor despechado casi viene a dar al traste con esa historia, ¡menos mal que está en las manos de Cervantes! El gran novelista no va a permitirlo y de paso deshará todo el enredo narrativo y nos llevará al final feliz.

El friso de la vida itinerante de los gitanos, que es el fondo del relato, deja paso a la historia de dos damas vestidas de hombre, *Las dos doncellas*, que van en busca del caballero que les dio palabra de esposo. Lo que sucede es

que el galán es el mismo, ¿cómo podrá resolverse el conflicto? Felizmente, aunque el burlador sea uno, no es igual la deuda que ha contraído con las dos hermosas jóvenes, como se verá. No faltan bandoleros ni caballeros que se enfrentan con lanzas a modo de los andantes, ni la playa de Barcelona ni los elogios a la bella ciudad ni un generoso caballero catalán que ayuda a los protagonistas. No hay duda de la cercanía creativa a la *Segunda parte del Quijote*, aunque nada tenga que ver con ella esta historia contada de dos hermosas muchachas a las que el amor da alas para ir disfrazadas de hombres por el mundo e incluso para luchar como si amazonas fuesen.

Pero antes de volver a esas dos novelas para aportar algunos datos sobre su composición, es necesario hablar brevemente del espacio donde las dos están inscritas, el volumen de las *Novelas ejemplares*, que se inicia precisamente con *La gitanilla*.

Las *Novelas ejemplares* de Miguel de Cervantes se publican en 1613 en Madrid, por Juan de la Cuesta, aunque algunas de sus aprobaciones son de julio de 1612. El escritor, en el prólogo al lector –que se añade a modo de apéndice al final de este volumen por ser su mejor presentación–, afirma que es el primero que ha novelado en lengua castellana, «que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras, y éstas son mías propias, no imitadas ni hurtadas». Y tenía razón: no hay colección impresa de *novelas* –término italiano que se aplica a narraciones breves– originales anteriores a las doce que da a la imprenta. En 1567, Joan Timoneda había publicado *El patrañuelo*, con sus *patrañas* o *novelas*, que no habían sido engendradas de su

ingenio, como presume con razón Cervantes, sino imitadas de muy diversas fuentes; su forma sencilla de narrar nada tiene que ver además con la maestría cervantina.

El escritor había incluido ya en la primera parte de su *Don Quijote* (1605) una novela ejemplar: *El curioso impertinente*, como historia sucedida muchos años antes, en tiempos del Gran Capitán. La lee el cura en la venta de Juan Palomeque el Zurdo –son «ocho pliegos escritos de mano»–; y podría haber leído también *Rinconete y Cortadillo*, porque estaba en la misma maleta olvidada por un huésped, pero no lo hace.

Cervantes ofrece al lector doce novelas no contadas, sino vividas. No tienen marco –*cornice*– como en el gran modelo, el *Decamerón* de Giovanni Boccaccio, donde damas y caballeros las narran. Sólo *El coloquio de los perros* es en realidad un diálogo escrito por uno de los dos personajes que charlan en *El casamiento engañoso*: el alférez Campuzano dice al licenciado Peralta haber oído hablar a dos perros, Cipión y Berganza, durante dos noches, en el hospital donde se curaba de la sífilis; para que no se le olvidara lo que había escuchado, escribe el coloquio de la primera noche, la vida de Berganza; y tenía pensado escribir el de la segunda, donde Cipión contaba la suya. El licenciado Peralta lee el diálogo de los perros al mismo tiempo que lo hace el lector, mientras duerme quien lo escribió o quien lo transcribió. De los reparos sobre si oyó o no, o si inventó o soñó, se tratará en la introducción a esa novela; baste ahora señalar cómo Cervantes es siempre original, incluso al crear el marco para uno de los relatos. Y derrocha posibilidades narrativas: deja a menudo la puerta abierta para mucho más de lo que cuenta.

El orden en que aparecen las novelas impresas es el siguiente: *La gitanilla*, *El amante liberal*, *Rinconete y Cortadillo*, *La española inglesa*, *El licenciado Vidriera*, *La fuerza de la sangre*, *El celoso extremeño*, *La ilustre fregona*, *Las dos doncellas*, *La señora Cornelia*, *El casamiento engañoso* y *La novela de los perros Cipión y Berganza*. No responde al de su composición, aunque pocos datos precisos tengamos sobre cuándo el genial escritor las escribió. Sí sabemos que Francisco Porras de la Cámara, racionero de la catedral de Sevilla, copió, en los primeros años del siglo XVII, para el cardenal arzobispo de Sevilla Fernando Niño de Guevara (que muere en 1609), *Rinconete y Cortadillo*, *El celoso extremeño* y otra novela que se atribuye a Cervantes, *La tía fingida*, junto a otras obras de entretenimiento. Isidoro Borsarte publicó en 1788 las dos novelas cervantinas copiadas en el manuscrito de Porras, que luego se perdió; y así se puede comprobar cómo Cervantes introdujo modificaciones al texto, ¡hasta en el desenlace de *El celoso extremeño*!

Todas las novelas suceden en una geografía real y en un tiempo contemporáneo; son historias «vividitas» en una realidad reconocible. Precisamente datos históricos permiten situar la escritura de algunas en un periodo preciso de tiempo, y huellas de libros leídos por Cervantes ayudan también a ello: casi siempre apuntan a esos años primeros de mil seiscientos.

Se ha intentado clasificarlas, pero Cervantes tiene una capacidad extraordinaria para mezclar géneros y registros. En *La ilustre fregona*, crea dos líneas paralelas que responden a la condición de «a noticia» y «a fantasía» –realismo o idealismo–, con que Torres Naharro dividió sus obras. En *La gitanilla*, se une el relato costumbrista a la anagnó-

risis, elemento esencial de la *fábula*, según Aristóteles; hay un canto amebico pastoril y muchos más ingredientes. En *Las dos doncellas*, encontramos dos damas vestidas de hombre en busca de un burlador, bandoleros, escaramuzas en la playa de Barcelona, una peregrinación y una batalla de dos caballeros al modo de los libros de caballerías; pero también un mozo de mulas con voz. *El licenciado Vidriera* nos ofrece una serie de apotegmas, la salida de las armas y las letras para un personaje sin cuna, y la descripción de un viaje por Italia; pero no carece tampoco de una peripecia que arranca de un desordenado amor.

La lectura de las *Novelas ejemplares* regala esas «horas de recreación» de las que habla Miguel de Cervantes en su prólogo. Y como sabiamente dice también, «no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso»; donde se ve su voluntad de asociarlas a una tradición literaria y a apoyarse en «lo útil», que siempre ha justificado –o disculpado– el placer de la lectura de la materia novelesca.

Dentro de esos doce títulos está el gran teatro del mundo: nobles y pícaros, peregrinos y pastores, brujas y rufianes, soldados y letrados, indios e ingleses, cautivos y estudiantes, damas disfrazadas de hombre y cortesanas, gitanos y bandoleros, un loco que dice agudas verdades y un perro que opina sobre la forma de contar; hay reuniones del hampa, combates caballerescos, batallas navales, raptos, asaltos, una violación, envenenamientos, peregrinaciones, golpes y abrazos, apasionados amores y celos... Espléndida literatura. Contada por un escritor extraordinario, que, en estas obras, como en su *Don Quijote*, alza el vuelo hasta cotas nunca alcanzadas.

Crea personajes y escenas inolvidables, multiplica las peripecias en ritmo rapidísimo o hace caminar el relato con un tempo sosegado, en el que se llega a ver un mudo y sosegado silencio. Permite que el narrador se inmiscuya en lo que sucede, preocupado por lo que pueda pasarle a un personaje o rechazando la conducta de otro; pero al mismo tiempo a veces le hace decir que reproduce más o menos lo que sucede. Cede las riendas de la acción a personajes, que se convierten en magníficos tracistas, como si estuvieran en un espacio teatral; y deja que otros interpreten un final de entremés dándole así esa condición a lo vivido antes. Dentro hay, pues, también teatro y poesía. Hay retazos de novela picaresca, pastoril, de caballerías, de cautivos, cortesana... y otros de literatura sentenciosa, de crítica literaria. Cervantes no sólo cuenta, sino que crea atmósferas, ámbitos, donde los personajes hablan de muchas cosas y viven.

La gitanilla

Miguel de Cervantes abrió la colección de sus doce *Novelas ejemplares* con esta auténtica joya literaria: en ella supo poner en cifra toda una serie de posibilidades narrativas. Creó un extraordinario personaje femenino: Preciosa, llena de ingenio, de finura, con ángel; le dio un destino totalmente literario porque, gracias a la anagnórisis, se confirmó en ella lo que pregonaba su belleza e inteligencia: su origen noble. Puso en su boca romances, rondallas, villancicos e hizo que le escribieran un bello soneto; la gitanilla alabó a santa Ana y a la reina Margari-

ta, dijo buenaventuras y ensalmos. Si se añade a todo ello el canto amebeo que entonan su enamorado Andrés y su amigo Clemente, tenemos una significativa antología de las corrientes poéticas del momento; sólo falta añadirle las palabras del paje sobre la poesía, muy cercanas a las que le dice don Quijote al caballero del Verde Gabán.

Con el fondo de la vida de los gitanos, compone Cervantes un relato itinerante, con rasgos de la picaresca. Los gitanos reaparecerán en *El coloquio de los perros*: Berganza, que los servirá un tiempo, cuenta sus robos y engaños a Cipión. Le dirá cómo llaman «conde» a su jefe, que lleva siempre el nombre de Maldonado; el primero fue un paje y, por amor a una gitana, adoptó su vida y costumbres. Con tales apelativos aparece también en la comedia *Pedro de Urdemalas*; en ella hay además una muy bella gitana, Belica, «hurtada» como Preciosa (que finge cecear como lo hace el Maldonado de la comedia).

Cervantes incorpora a esa vida nómada a un caballero, Juan de Cárcamo, que cambia su nombre para cumplir la exigencia que su adorada Preciosa le impone: dos años de noviciado en que ambos deberán convivir como hermanos; y es ése un rasgo caracterizador de la novela bizantina, aunque en tal «noviciado» Andrés apenas vive trabajos y adversidades, y acaba pareciendo pastor literario. Para entrar en la sociedad cerrada de los gitanos, organizada jerárquicamente como la cofradía hampesca de Monipodio, tiene que superar un rito de pasaje, y lo hará fácilmente; en cambio, nunca aceptará robar, forma de supervivencia de esa comunidad de gitanos; su propio dinero le sacará de apuros.

Pondrá fin a su noviciado, que vive con identidad falsa, un episodio tan peligroso que lo lleva al borde de la muerte. Se interpone en su vida el amor de Juana Carducha, la hija de una mesonera, a la que él no puede corresponder; y el desengaño llevará a la joven a la venganza: lo acusará de haberle robado lo que ella ha escondido en su equipaje. Esta añagaza es semejante a la que utilizan los compañeros de galeras de Guzmán de Alfarache para hacerle caer en desgracia con su amo, casi al final de su relato. Y podría ser uso común de un motivo literario, pero hay otra huella de lectura mucho más clara de la espléndida obra de Mateo Alemán, esta vez de su primera parte: la bofetada que el sobrino del alcalde da al supuesto ladrón Andrés, y que lleva a éste a actuar en defensa de su honor y matarle, tiene un correlato en la historia de Ozmín y Daraja, relato morisco que se narra en el *Guzmán de Alfarache*. Atacado Ozmín por los mozuelos de una aldea, un hijo del alcalde le dará con una tranca, y él, ofendido como caballero, lo matará. Ambos episodios llevan al héroe a ser condenado a muerte y, sólo a punto de ser cerrado «el caso» (así se le llama en ambas novelas) con la ejecución de la sentencia, vendrá la salvación. También Alemán, en la *Segunda parte*, habla de los gitanos como ladrones al contar una anécdota sobre el pregón de un jumento robado: «porque lo debieron de hurtar gitanos, que, si es necesario para desaparecerlos y que no los conozcan, los tiñen de verdes»; poco después, dirá además cómo las gitanas echan suertes y dicen Buenaventuras (2.^a, I, 2 y 3). Precisamente, la insistencia de Andrés en matar a la mula, a pesar de la seguridad que le dan los gitanos de que nadie va a reconocerla, tal vez podría leer-

se como una demostración cervantina de que el joven no tiene sombra alguna de actitud picaresca, ya que no quiere ser cómplice de los engaños de aquéllos.

A Andrés se le cruzará un supuesto competidor en los amores de Preciosa, que no lo va a ser: don Sancho, al que los gitanos llamarán Clemente. Provocará los celos de Andrés, esos celos que sufrirán tantos personajes en obras cervantinas. Primero los causa con el soneto que le escribe a Preciosa, que se le cae a ésta al bailar y lee un caballero ante Juan de Cárcamo. Preciosa atiza el fuego diciendo que se lo había escrito «un paje muy galán y muy hombre de bien»; y el propio narrador tiene que intervenir dirigiéndose a la bella gitanilla para que reconsidere lo que ha dicho, ...y crea la duda en el lector sobre la posibilidad de que los dos planos narrativos se fundieran un instante.

Don Sancho reaviva el tormento de los celos en Andrés con su súbita aparición nocturna en el campamento de los gitanos. Para deshacer el equívoco resumirá la causa de su fuga: una historia vivida acompañando a un amigo enamorado; el trágico desenlace justifica su extraña presencia. Cervantes deja con él sin terminar un episodio que pudo haber sido de comedia de capa y espada o de drama; pero informará al lector de que el joven consigue embarcarse en Cartagena con dirección a Italia. No hay cabos sueltos; sólo que el novelista deja al personaje en una zona de sombras, apenas esbozada, porque no centra en él el foco de su relato. En el tiempo que vivirá con los gitanos, Clemente forma junto a Andrés la figura de los dos amigos; y parecerán ambos, más que gitanos, pastores, con su vida lúdica, de aldea en aldea, con competiciones de juegos y con sus cantos.

En ese espacio novelesco en que la historia de amor pasa a un lugar secundario, Cervantes incluirá un relato burlesco, al modo de los de la octava jornada del *Decamerón*; lo pone en boca de la vieja gitana, que cuenta la burla que hizo a un ingenuo y avaro Triguillos, al modo de facecia. Cada personaje puede desempeñar dos o más papeles narrativos; así lo hace el versátil Clemente: paje que da poemas a Preciosa y que causa los celos de Andrés, joven que acompaña a un amigo en la ronda de su amada y que interviene en un desgraciado episodio de capa y espada, y, por último, compañero inseparable, de cantos y juegos, del propio Andrés en su vida nómada. También tiene muchas facetas la vieja gitana: abuela vigilante de Preciosa, consejera y mentora, y a la vez gitana ávida de dinero y ladrona, narradora de esa burla a un sevillano, y, por último, personaje que pone en marcha la anagnórisis por tener ella la clave de la identidad de la bella gitanilla y al haber sido ella misma la raptora.

Cervantes es un prestidigitador del arte novelesco; puede sacar del trazado de la vida de sus personajes lo que quiere y cambiar en un mismo espacio novelesco de género o de registro. Así lo hace con el espléndido ente de ficción que da nombre a esta novela: la gitanilla Preciosa. Todo lo que se cuenta al comienzo del relato está destinado sólo a darle bulto, alma, a hacerla inolvidable. Con un «sucedió, pues, que la mañana de un día que volvían a Madrid...», se cerrará esa etapa de creación del personaje al aparecer el punto de arranque de la trama amorosa. Cervantes no cuenta una historia, sino que hace vivirla a personas; la misma desaparición de un marco, al modo del que crea Boccaccio en el *Decamerón*, contribuye a po-

ner en pie a los personajes y su vida en ese territorio de ficción que se presenta como «real»; el narrador es sólo voz omnisciente y no personaje concreto, con nombre, que cuenta un relato.

La primera entrada que hace Preciosa en Madrid –el día de Santa Ana– es el comienzo de su actuación en la novela, «corrían los muchachos a verla, y los hombres a mirarla», y culmina con el romance a la santa; seguirán otras tres antes de la aparición de su enamorado caballero: a los quince días, canta y baila en la calle de Toledo, y se cerrará el episodio con el romance a la reina Margarita de Austria: «Salió a misa de parida / la mayor reina de Europa». Un teniente que ve el espectáculo de las gitanas pedirá a la vieja que vayan por la noche a su casa; pero antes Preciosa bailará ante un grupo de caballeros que llaman a las gitanas desde unas rejas, y uno de ellos leerá las redondillas que le acaba de dar a Preciosa el paje. La sesión en casa del teniente, ante doña Clara, su mujer, y sus criadas, tendrá como centro una buenaventura en forma de romance; pero será la preocupación por el dinero el medio que utiliza Cervantes para crear el público, para justificar las mínimas intervenciones de señores y criados, que forman la escena.

Aún quedará otra actuación de Preciosa, pero ya con papel en el desarrollo de la trama porque será el padre de Juan de Cárcamo quien llamará a las gitanas. También en ella un caballero leerá el soneto del paje, que se le cae a Preciosa, y por ello sufrirá casi un desmayo el joven enamorado. Con las escenas de cante y baile previas a la de la casa del noble pretendiente –a la que sirven de prólogo–, Cervantes esboza la vida de las gitanas y a la vez retrata a Preciosa.

Es hermosa (rubia y de ojos verdes), aguda, discreta, «en extremo cortés y bien razonada», e incluso algo desenvuelta; son adjetivos que le aplica el narrador, y además se confirman a través de lo que hace y, sobre todo, de lo que dice. Sus quince años son un prodigio de inteligencia y gracia; sabe guardarse muy bien, pero usando de su habilidad en andar por el mundo. Su arte de conversar, de replicar, de razonar, la convierte en una de las más deliciosas doncellas cervantinas; sabe muy bien qué terreno pisa en cada momento. Otra bella gitana cervantina, la Belica de *Pedro de Urdemalas*, se despeñará por su ambición y vanidad; Preciosa, que intuye también su condición noble, sabe gobernarse siempre por la prudencia y la discreción, sin dejar de tener una osada desenvoltura. Así no se deja avasallar por unas leyes de la comunidad gitana que considera bárbaras para la dignidad de la mujer, y le dirá a Andrés: «Estos señores bien pueden entregarte mi cuerpo; pero no mi alma, que es libre y nació libre y ha de ser libre en tanto que yo quisiere». Es el mismo discurso de la pastora Marcela en *Don Quijote* o de Gelasia en *La Galatea*: ellas reivindican su derecho a poder enamorarse, a entregar libremente su amor. Preciosa además proclama: «yo no me rijo por la bárbara e insolente licencia que estos mis parientes se han tomado de dejar las mujeres o castigarlas cuando se les antoja». En *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, la hija de Mauricio, Transila, huirá de su pueblo, rebelándose contra una costumbre mucho más bárbara para preservar su dignidad (lib. I, cap. 12).

Preciosa impone sus condiciones a Andrés; si las acepta, ella admitirá su discurso amoroso; así se protege de lo

que pudiera ser gusto pasajero y no compromiso. La gitanilla resultará ser doña Constanza de Acevedo, y ha hecho siempre honor a su origen con su belleza interior; la exterior era indicio de su condición y le permitió recuperarla. Sus cantos y sus bailes llenan de alegría las calles de Madrid y las páginas iniciales de la novela. El reconocimiento o *anagnórisis* ocupa un lugar destacado en el relato: empieza con la emoción intuitiva de la madre, sigue con unas joyitas que ella no reconoce, y luego con la declaración expresa del rapto de la niña, escrita en el momento del delito por la vieja gitana; y culmina con la presencia de las marcas corporales (el lunar blanco del pecho, los dedos del pie unidos por un poco de carne), que son la prueba irrefutable –y tópica– de la identidad de la muchacha. Todo ello lo recoge el narrador: «El pecho, los dedos, los brincos, el día señalado del hurto, la confesión de la gitana, y el sobresalto y alegría que habían recibido sus padres cuando la vieron, con toda verdad confirmaron en el alma de la corregidora ser Preciosa su hija». No es más que la confirmación de lo que la belleza, discreción e ingenio de la gentil gitanilla siempre manifestó. Su presencia ilumina muchas páginas del relato.

La cronología interna de la obra señala su redacción tardía: en 1595 la gitana vieja rapta a la niña, y el relato transcurre quince años después; la fecha de 1610 sería, pues, la lógica para la composición de la novela. Además no parece oportuno que Cervantes incluyera el romance a una reina Margarita de Austria recién parida después de su muerte, precisamente de sobrepardo, en 1611. Ahora bien, una conversación entre Preciosa y la vieja gitana tal vez podría relacionarse con el nacimiento del último hijo de la reina,

Alfonso, y con la muerte de la soberana (corrieron rumores sobre la posibilidad de que se contribuyera a ella). Preciosa le pregunta a la vieja: «¿Hay hijo o hija?». Y ella le responde: «Hijo, y muy lindo»; la exclamación de la gitana, «¡Plega a Dios que no muera de sobreparto!» lleva a la vieja a decir: «Todo se mirará muy bien. Cuanto más que hasta aquí todo ha sido parto derecho, y el *infante* es como un oro». Pero nada aclararán a los caballeros que quieren saber de quién se trata, porque hablan del asunto como de un parto secreto. Paradójicamente –puesto que nada más lejos del secreto que un parto real–, tal vez pudiera relacionarse con el episodio trágico, como un añadido posterior del novelista (no había publicado aún las *Novelas ejemplares* cuando sucede). En el texto funciona como alusión en clave, entre las dos gitanas, al resultado de las indagaciones que ha llevado a cabo la vieja sobre Andrés; pero no deja de resultar curiosa la coincidencia con el hecho real, y lo es mucho más por haber estado en boca de Preciosa el romance «Salió a misa de parida», que habla de Margarita de Austria tras haber dado a luz. En él, además, una lengua –«más discreta y grave» que la anterior que la ha alabado– dice de la reina: «¡qué de máquinas que rompe!, / ¡qué [de] disignios que corta!, / ¡qué de esperanzas que infunde!, / ¡que de deseos mal logra!, / ¡qué de temores aumenta!, / ¡qué de preñados aborta!» (pp. 38-39); y parece aludir a la actividad política de la reina intentando acabar con el poder absoluto del valido, el duque de Lerma. ¿Está introduciendo Cervantes una alusión velada a la historia contemporánea? ¿Podría ser un indicio de ello esa fecha de 1610 tan precisa que define la cronología interna de la obra?

En la novela hay evidentes huellas de lectura de la primera parte del *Guzmán de Alfarache* (1599), y posiblemente de la segunda (1604). En la mención a los poetas de ciegos «que les fingen milagros y van a la parte de ganancia» podría tal vez verse la escena de los más de doce ciegos rodeando al clérigo coplero del *Buscón*, pidiéndole oraciones que le pagan según lo convenido (II, 2); y Quevedo debió de escribir su novela después de 1608 (forzosamente después de 1604); también *El coloquio de los perros* (donde Berganza habla de los gitanos) tiene claras huellas de lectura del *Buscón*: los cuatro enfermos del final son figuras quevedescas. La comedia *Pedro de Urde-malas*, con las concordancias ya señaladas, es posterior a 1610, fecha de la muerte de Nicolás de los Ríos. Todo ello conviene, por tanto, a esa supuesta redacción de *La gitanilla* en 1610, poco antes de la publicación de las *Novelas ejemplares* (que tienen aprobaciones de 1612).

Obra espléndida, territorio literario para gitanos y para nobles, con escenas de costumbres, pero también peripecias y anagnórisis, donde el amor lleva a acciones heroicas o a venganzas delictivas. La poesía y la música envuelven a una criatura espléndida, llena de vitalidad, gracia e inteligente desparpajo: Preciosa, la gitanilla.

Las dos doncellas

El relato comienza en un mesón –espacio con tantas posibilidades literarias–, en Castilblanco, al que llega «un caminante sobre un hermoso cuartago extranjero», sin criado alguno. Nada más llegar a la puerta, baja de la jaca,

se sienta en el poyo del portal y casi se desmaya. Cualquier lector puede adivinar que acaba de conocer al protagonista de la novela y que es una mujer vestida de hombre: desde el tamaño del caballo al desmayo son indicios claros de lo que se pondrá de manifiesto al poco tiempo. La extrema belleza del joven y su voluntad de dormir solo en un aposento (está dispuesto a pagar las dos camas) son nuevos datos que se suman a los anteriores; además cerrará con llave la habitación y arrimará dos sillas a la puerta...

Mientras los mesoneros hablan sobre la condición del huésped, llega otro, igualmente gallardo; su comportamiento será muy distinto porque no evita la conversación con los lugareños mientras cena. Cervantes consigue en seguida crear una atmósfera en el mesón: la charla de alguacil y mesonero con el recién llegado, los tragos de vino y el comentario sobre el solitario y esquivo joven, y, por fin, la traza para lograr que el nuevo huésped comparta el aposento con él. Es un breve prólogo costumbrista, que además ofrece al lector una mirada al joven caminante con el que comienza la novela desde la perspectiva de esos otros personajes.

En seguida la narración se sitúa en el aposento a oscuras que van a compartir esos dos gallardos jóvenes. Las quejas del «lastimado huésped primero» llevan al segundo a deducir que es una mujer, cosa que no tardará en saber de su propia boca en el relato de su vida que le va a hacer. Es la historia de una bella dama abandonada por un joven noble, rico y apuesto que se desposó con ella en matrimonio secreto; dispuesta a ir en su busca para que repare su honra perdida, se ha disfrazado de hombre. Tiene un her-

mano, estudiante en Salamanca, y hacia esa ciudad piensa dirigirse porque cree que allí debe de estar también Marco Antonio, que así se llama su burlador. La tensión de la escena irá en aumento por la reacción del caballero al escuchar el relato de la desgraciada dama. La larga noche invernal pasa lentísima en ese aposento a oscuras que comparten un caballero desconocido y una pobre dama deshonorada. El lector puede sentir la inquietud que se apodera de la muchacha; se vestirá su traje masculino y se ceñirá espada y daga; y, sentada en la cama, esperará el amanecer que no llega a ese aposento, que comparte con un desconocido al que le ha confesado su condición de dama deshonorada por un caballero sin palabra.

Con la luz vendrá la identificación de su confidente: es su hermano. Y el desvanecimiento de la tensión provoca otra mayor: la joven ha desvelado su deshonor nada menos que al temido guardián de su honra. Pero el espacio no es el de un drama de honor, sino el de una novela cervantina, y don Rafael no va a castigar a su hermana Teodosia, sino que la va a ayudar en su búsqueda del burlador.

Un nuevo huésped les hará cambiar la ruta con las noticias sobre Marco Antonio que le da al caballero; al saber que el joven se dirige por mar a Nápoles, irán a Barcelona, lugar de paso de las galeras que iban a Italia. Se podría hablar de una novela itinerante porque los personajes recorren la geografía española, y lo harán incluso después del desenlace feliz, como peregrinos. Cervantes gusta de crear personajes viajeros o, al menos, caminantes.

Inician una ruta que les llevará a un espacio semejante al de algunas páginas finales de *Don Quijote*: cerca de Igualada encontrarán a las víctimas de los bandoleros catala-